

"EL NOVENTA"

"...UNA EPIDEMIA MORAL QUE LLAMAREMOS FIEBRE DE PROGRESO..."

Por

EDUARDO MARTINE

Durante las presidencias de Roca y Juárez Celman, la inmigración europea —constantemente en aumento— había volcado en nuestro suelo enormes contingentes de extranjeros en su mayoría italianos y españoles¹. Estas inyecciones de sangre nueva produjeron una enorme transformación en la estructura política y económica del país. La producción agrícola-ganadera asumió ese impacto y arrojó cifras enormes para su época² en tanto una incipiente industria llegaba a ocupar en 1895 a 175.000 operarios. Los créditos bancarios se movían ágilmente y el Gobierno emprendía gran cantidad de obras públicas por medio de los préstamos internos y externos.

El inmigrante en general había llegado a América acuciado por penurias económicas y con ardientes deseos de un mayor bienestar; desarraigado de su tierra, de sus tradiciones y de sus prejuicios, aplicaba en esta parte del mundo toda la actividad febril y todo el tesón desesperado que creía necesarios, para obtener el logro de sus ambiciones. Añoraba su patria lejana y consideraba a este suelo como "un valle de fatigas para prepararse para una vida mejor", donde podían obtenerse aún, a costa

¹ Las cifras de aportes inmigratorios son las siguientes:

Año 1880	41.561	inmigrantes
" 1882	93.116	"
" 1885	168.760	"
" 1887	120.890	"
" 1888	125.820	"
" 1889	360.900	"
" 1890	110.500	"

Es decir que en 10 años entraron al país 851.177 extranjeros. Nótese que la crisis del año 90 redujo el aporte en más de la mitad con relación al anterior.

(Datos tomados de Basilio Escobar, Insuel, "Historia de los Presidentes Argentinos", Edic. 1927).

² La superficie de tierra cultivada en 1888 fue de 2.359.928 Ha. Se contaba con 22.869.585 cabesas de ganado vacuno, 4.398.283 de ganado caballar y 70.433.883 de lanar, que representaba un valor de 369.561.687 pesos m/n. (Op. cit.).

de sacrificios inimaginables, rápidas riquezas, o sumergirse en una vida licenciosa, quebrando los prejuicios más acendrados. Se sentía desatado de todo lazo de unión a esta tierra y a estos hombres que apenas surgían de la oscura colonia y sin embargo, iba adhiriéndose al suelo, a la familia que aquí formaba, a los hijos —que por extraña paradoja idolatraban la tierra que los vio nacer—, y cuando, harto de dinero o de fatigas, decidía volver, se encontraba con los pies atados a la patria adoptiva y el corazón unido al de sus nuevos hermanos. Advertía entonces que había estado forjando la grandeza de la Nación, que el progreso se adelantaba a pasos agigantados y que no podía, ni quería, dejar de recoger los frutos que había contribuido a formar. Los nativos sintieron desprecio por estos “gringos” usurpadores, pero se dejaron llevar por la desenfrenada corriente que desataban. El inmigrante y sus hijos se entrelazaron con la población criolla y avanzaron sobre todas las capas sociales. La altanera sociedad, heredera del señorío colonial, vio con ojos azorados como paso a paso se iba desdibujando su anterior “pureza” y a pesar de sus enérgicas reacciones debió ceder y admitir este abrazo de los pueblos inmigrantes.

Los negocios oportunistas, la especulación, el juego, la avaricia o la disipación más tremenda fueron signos frecuentes en los nuevos grupos sociales.

La “élite” gobernante comenzó a sentirse cada vez más alejada del tumulto migratorio, y despreciándolo, pero contagiada también por su afán de lucro, inauguró una nueva era en nuestro país. Época que habrá de caracterizarse por el divorcio entre el grupo gobernante y el pueblo, por el alejamiento de las austeras prácticas republicanas que impusieron la célebre trilogía: Mitre-Sarmiento-Avellaneda, por el afán de hueco lujo y ostentación y por el escepticismo político más acentuado. Los principios liberales, que sostenían como homenaje a la ilustre Europa, sólo servían en la práctica para hacer más distante la posibilidad de un entendimiento entre pueblo y gobierno, ya que el grupo elegido retenía en sus manos el poder como precioso legado de sus mayores que no podía contaminarse con las nuevas corrientes humanas —a las que no lograban entender²¹.

Judrez Celman representó en su forma más acabada el Unitario y “esta bastardía del idioma salida de la entraña popular para motejar el bastardeo del gobierno, definía lo que imputaba”²². Era el avasallamiento de toda autoridad, sea legislativa, administrativa o judicial; perteneciese tanto al orden nacional, municipal o provincial, por el poder absoluto del Presidente de la

²¹ Véase BENAMENO, José Luis, *Los Ideos Políticos en Argentina*, p. 180.

²² BALBASTRA, JUAN, *El Noventa*, p. 34. Edic. 1933.

Nación. Este avasallamiento no había sido emprendido por el Poder Ejecutivo, fueron las otras autoridades las que mediante una obsecuencia atrofianste habiéndole entregado las riendas de su autonomía y el Presidente, consecuente con esta abdicación repartía entre sus vasallos dádivas y prebendas: "En el parlamento, transformadas las representaciones en dádivas presidenciales, dejaban de ser deberes a cumplir altivamente para convertirse en mercedes a retribuirse con sumisiones; cuando no en ocasiones de enriquecimiento. Una unidad mansa, suprimía la contradicción y las iniciativas"⁴.

La fiebre del oro y la aventura ganaron a esta sociedad. La Bolsa fué el lugar de cita obligado donde se confundieron indiscriminadamente los herederos de nuestras glorias patrias, con los aventureros inescrupulosos y los crápulas delincuentes. Grousseau, fino conocedor de los fenómenos sociales, dice al respecto: "El antro del vértigo que vino a ser la Bolsa, en aquel tiempo, es necesario, para saberlo, haber seguido alguna vez las filas compactas que desde las 11 del día, convergían al templo de Mammon, y asistido a la "rueda" bullidora y vocinglera en que los agiotistas a millares, de patentes, o intrusos, sudorientos, azogados, congestionados, barajaban a grito herido y con oscilaciones mareadoras los efectos públicos de todo tamaño y color"⁵.

Pronto la fiebre del oro llega al gobierno, lo envuelve y lo trastorna. Se otorgan innumerables concesiones: de ferrocarriles, de tranvías, de subterráneos. El crédito oficial se brinda a manos llenas, sin previsión, sin garantías. Los inversores extranjeros son buscados, perseguidos. Se aceptan sus libras a cualquier interés. Todo se vuelca en el juego de la Bolsa, en la compra-venta especulativa, en el peculado, en el derroche. Buenos Aires brilla en todo su mayor apogeo de desorden y despúlfero. Pueblo y gobierno se encuentran unidos en frenética danza alrededor del becerro de oro." El sentimiento religioso y el sentimiento moral habían desaparecido, o, cuando menos, eran de todo punto impotentes para influir sobre la universal obsecación, y, en cuanto al poder de la ley, sabido es que su voz no se oye jamás en el estrépito de semejantes perturbaciones"⁶.

A las emisiones de papel moneda, sin control ni respaldo metálico, se unen las claudestinas y el país se inunda de billetes que poco a poco van perdiendo todo valor. La situación no podía sostenerse mucho tiempo: cuando se desvanecieron los vapores de una riqueza simentada en la especulación y el crédito, el país, el gobierno y el pueblo se hundieron en la bancarrota más tre-

⁴ Op. cit., p. 33.

⁵ Grousseau, *Peroi, Les jeux financiers*, p. 259. Edic. 1919.

⁶ Rojo, Carlos, *El Noventa*, p. 167. Edic. 1892.

menda. El jardín Florida fué el lugar de reunión de los descontentos y allí se encontraron el 19 de Septiembre de 1889 como reacción ante el banquete en que un grupo de jóvenes se declaró "incondicional" del Dr. Juárez Celman.

Fácil resulta encontrar adeptos al grupo opositor, la bancarrota ha hecho pordioseros a los millonarios, delincuentes a los pobres y desequilibrados a los más. El obrero ha sido despedido, el comerciante ha quebrado, el empleado ha visto cerrar las puertas de su oficina. Tan solo el gobierno parece ajeno y distante entre el caos y la desesperación que lo circundan y la Comisión de la Banca y el Comercio creada por Decreto del 22 de marzo de 1890 para estudiar las causas de la crisis, termina por desatar los ánimos y significar al unísono como el causante de todo mal, ya que su dictamen fué tomado como huria y escarnio de la desgracia pública. Decía la Comisión en su informe: "el país se encuentra en una situación económica penosa debido evidentemente a una epidemia moral que llamaremos fiebre de progreso. Un sentimiento patriótico, sin duda, ha lanzado a la comunidad y el Gobierno en un movimiento vertiginoso de empresa y negocios que en su mayor parte han tenido por móvil el engrandecimiento de la patria: pero repentinamente nos falta el concurso del capital extranjero y nos encontramos en una situación gravísima llamada a resolverse dentro de nuestros propios elementos". En esos momentos el oro se cotizaba alrededor del 300 %. Los Bancos oficiales fueron el barómetro de la situación, uno a uno cerraron sus puertas y cesaron en sus pagos. La miseria y el pánico cayó sobre la ciudad. El 13 de abril de 1890 en la cancha de pelota llamada "Frontón Buenos Aires" se reunieron todos los sectores de la oposición y quedó constituida la "Unión Cívica". Mitre, Alem, del Valle, Navarro Viola, Goyena y Estrada fueron los oradores. Basten estos nombres para significar lo trascendente del acto e imaginar la emoción de los concurrentes ante la palabra firme y mesurada del patricio o ante la encendida y cautivante oración del caudillo. La nascente agrupación encontró amplio apoyo en todas las capas sociales. Al día siguiente el Gobierno acusó el golpe y el Gabinete se hundió en terrible crisis, de la que a costa de grandes esfuerzos logró salvar el Presidente.

¹ Este informe sintetiza claramente el concepto equivocado que tuvieron durante muchos años nuestros clases dirigentes del "progreso", que según ellos debía consistir siempre en un trasplante, un injerto de lo que se considerara bueno en el exterior —fuera de toda partición— y sin entender, cuando no despreciar todo aquello que sea fuera particular. De ahí que esa situación fuera "gravísima", porque estaba "llamada a resolverse dentro de nuestros propios medios".

En otro trabajo, por no permitirle la brevedad del presente, trataremos con detalle este terrible problema argentino.

La revolución era inminente y el 26 de julio, Buenos Aires se despertó al tronar de los fusiles. El Parque de Artillería se había levantado en armas y secundado por algunos batallones pedía el derrocamiento del Gobierno. La revolución fué cruenta y dolorosa como toda refriega entre hermanos y luego de tres días de desesperada lucha resultó sofocada. Pero el militarmente el Unicato había vencido, los revolucionarios habían minado los cimientos del poder. La Revolución cambió de escenario y de protagonistas. El día 30 de julio el Senador Manuel Dóidmo Pizarro asistió al golpe de gracia al sistema, su voz abogada por la emoción de ser la primera que habría de alzarse en el Congreso contra el "Unico" pronunció aquellas memorables palabras que fueron definición y epitafio de una presidencia: "La revolución, señor Presidente está vencida, pero el Gobierno está muerto" y luego: "Las finanzas están arruinadas: el crédito público y privado perdidos; el comercio agonizante, la libertad política suprimida. En una palabra las instituciones son un montón de escombros como el que acaba de hacer el cañón en nuestras calles". Subrayó su discurso con el pedido que ya corría por todas las calles "vengo a pedir, no leyes de estado de sitio (se refería a la que estaba en discusión), sino la renuncia patriótica en masa de los miembros del Poder Ejecutivo..."

Junto a Juárez Celman sólo quedó el Ministro de Guerra General Levalle, y luego de algunas intentonas de formar Gabinete, que no hicieron otra cosa que alterar aún más los ya caldeados ánimos del pueblo, remitió su renuncia al Congreso, horas antes de que lo visitara la Comisión de diputados que el mismo parlamento había enviado para pedirle la presentara, ya que "su renuncia es el único camino constitucional para salvar al país del peligro que lo amenaza". Ese mismo día 6 de agosto de 1890 el Congreso reunido en Asamblea y bajo la presidencia del General Roca la aceptó por 61 votos contra 22. Los diputados Mansilla y Dardo Rocha trataron de animar aquella sesión sin lograrlo; la misma no dejó de ser lo que representaba, el acto legal por el que se certificaba la muerte del Unicato Juarista. La euforia popular al conocerla fué tremenda, se organizaron manifestaciones, banquetes, bailes y reuniones de todo tipo para celebrar la desaparición de Juárez Celman del escenario político. En él se cifraban todas las desdichas, en él convergían todos los reproches, las acusaciones, los improperios. Su salida del gobierno aparecía como purga de todo lo que había significado corrupción, fraude, peculado. Es que el unicato, con su centralizada acción administrativa, su absorbente posición en lo político y su abusiva gestión económica se había erigido en el único responsable del desastre nacional.

Se ha intentado reivindicar a Juárez Celman infructuosamente, la opinión popular ha encontrado el lugar que le corresponde en la historia argentina y vano será tratar de reubicarlo; pues si bien es cierto que el Presidente no hizo más que participar de la barandita general y dejarse arrastrar por la corriente, contagiado también él de esa "epidemia moral", no es menos cierto que muy otra debió ser su actitud. No olvidemos que quien por decisión popular llega a ocupar el sillón presidencial que prestigiaron hombres de la talla de Mitre, Sarmiento, Avellaneda, no puede dejar de lado los terribles deberes que ello le impone. Todos sus actos públicos y privados no han de tener otro fin que el de guiar y conducir la Nación por el rumbo seguro, alejándose de adulaciones criminales, de comodidades indignas o de corrientes perturbadoras —por más poderosas que fueren—. El oficio de Presidente de la República debe ejercérselo con la altura de miras y la hombría de bien que su jerarquía impone y si no, abandonarlo.